

ct

# Padres & hijos

de  
V́ctor Vegas

*(fragmento)*

## 8 / La coartada de Javier

*Javier ante los reflectores y el público.*

JAVIER

¿A partir de qué momento comenzamos a mirar con otros ojos a nuestros padres? Algunos dirán que justo en la adolescencia. Sí, claro. Pero cuando empezamos a envejecer, o mejor, cuando empezamos a dejar de ser jóvenes, ¿acaso también allí no cambia nuestra manera de mirarlos? (Pausa.) Recuerdo que cuando era pequeño solía ver a papá con la estatura de un gigante... Esperen, esperen. No era sólo porque lo mirara desde mi estatura de niño, tan insignificante entonces, sino porque veía en él a un superhéroe, un verdadero superhéroe, como los de la tele o el cine o los de las series de historietas que tanto me gustaba coleccionar. En aquellos días yo podía jurar ante quién fuera que él era invencible, que cualquier cosa que se propusiera a hacer, o a enfrentar, la haría o la enfrentaría sin problemas y que no sólo saldría victorioso sino que demostraría sin lugar a dudas que era el mejor, el más grande. Por entonces yo sólo quería ser como él. (Pausa.) Pero llegó la adolescencia y con ella, además de todas las cosas que uno acostumbra a descubrir a esa edad, descubrí que papá era un mentiroso... Que engañaba a mamá... Llevaba años engañándola, frecuentando a otras mujeres... y en varias ocasiones me utilizó a mí como pretexto para encubrir o disfrazar sus infidelidades. A partir de aquél día dejó de ser el superhéroe que yo creía que era y que soñaba imitar y su rostro empezó a llenarse de arrugas, de manchas y de defectos ante mis ojos, hasta el punto que no pude soportarlo, que no quería verlo más y sólo deseaba huir de casa. (Pausa.) Sin embargo, hace algunos años, cuando estaba a punto de abandonar el país y marcharme a vivir a Estados Unidos, papá y yo tuvimos una larga conversación. Una de esas pláticas de hombres adultos, entre tragos, donde no hay nada que arriesgar ni nada que arrebatar, cuando la mentira no es necesaria porque nada está en juego. Una charla sin poses, sincera a más no poder... ¡Como no la habíamos tenido nunca! (Pausa.) Allí, durante esa larga conversación, supe que él también había sido una víctima, como solemos serlo todos alguna vez en la vida y en la familia. En este caso, una víctima de mamá. Y, aunque no me lo crean, al final de esa conversación comprendí su comportamiento en aquellos años de mi infancia. No lo justifiqué, eso que quede claro, sólo lo comprendí... Y hasta le perdoné el hecho de que me hubiera utilizado en sus aventuras e infidelidades hacia mamá... (Pausa.) Ese mismo día, el de nuestra larga conversación, de repente otra vez se transformó ante mis ojos... Ya no era superhéroe ni villano, sino un hombre normal y corriente, un anciano al que la vida había vapuleado a más no poder. Lo vi frágil, empequeñecido, vulnerable, un ser con una enorme necesidad de protección, de que alguien lo quisiera, de que yo lo quisiera... Incluso, quizá, de escuchar de mis propios labios “viejo, te quiero”. Y aunque me conmovió verlo de aquella manera, aunque en ese momento lo único que deseaba era abrazarlo y decirle cuánto lo quería, decirle que no importaba el pasado, que lo perdonaba, preferí sonreírle en silencio. Era un gesto con el que pretendía solidarizarme con él, comunicarle que lo amaba sin decírselo, ya saben, una sonrisa cómplice..., pero ese gesto, esa sonrisa, creo que no pasó de ser una mueca inútil, apenas parecida al gesto de una sonrisa... (Pausa.) Después, inmediatamente después, mientras trataba de ganarle terreno al temblor que de pronto se había apoderado de mis manos, procedí a llenar nuestros vasos que se habían quedado vacíos rato atrás. ¡Y eso fue todo! Nos tomamos aquel último trago en silencio, rehuyéndonos las miradas. Literalmente ha sido el trago más amargo que me he bebido en la vida. Y luego ya ninguno tuvo ni el valor ni la fuerza para

retomar la conversación en el punto exacto donde la habíamos dejado.